

LOS MURCIANOS: DESDE LA TRADICION A NUESTRO TIEMPO

P O R

ANTONIO SEGADO DEL OLMO

Señores académicos:

Sean mis primeras palabras —deben serlo— de gratitud. Emocionado y sincero, agradezco vuestra bondad al llamarme a esta Academia, que es ante todo y sobre todo murciana. Representáis la cultura de nuestra región en una pauta de tradición y noble presente que hoy, más que nunca, lo sentimos y sabemos esperanzado e interesante.

Entre vosotros, a quienes admiro y aprecio, me encuentro rodeado de amigos y maestros que me ofrecísteis, desde que inicié mi modesto quehacer literario, la palabra, el consejo, el libro revelador y conveniente, la amistad. Es por tanto lógico que, a la vez que contento, me encuentre también abrumado por esta distinción que me hacéis, y que recibo como debe ser: no como un voto de confirmación sino de confianza. A esta confianza yo os aseguro que voy a responder con mi mayor ilusión y entrega para cuantas tareas de la Academia creáis que puedo ser útil.

A todos os une el amor a nuestra tierra, el deseo de ahondar más en su cultura, de propagarla y acrecentarla a través del sentimiento y la idea; desde el libro de ensayo a la investigación histórica, desde el cuadro a la escultura, desde la novela a la poesía. Porque todo esto representáis vosotros: el espíritu de un pueblo, al igual que también lo representan, fuera de esta Academia, artistas, escritores e investigadores nuestros que, igualmente, son nuestros amigos y a quienes admiramos.



Y en la mención hacia los artistas, hacia los escritores murcianos, me es urgente evocar un nombre que yo sé está muy en la memoria de todos nosotros: Francisco Alemán Sainz, mi compañero en la radio, el vuestro en este recinto. El tierno, irónico y sabio escritor que a todos los murcianos nos enseñó a ver Murcia con un lúdico prisma, cuya óptica el tiempo irá acrecentando en sus reflejos, y cuyo nombre queda en la Literatura grande, sin adjetivaciones.

A quien, como yo, no es investigador y no posee por tanto la exacta metodología, la buena herramienta y norma que se requiere para desvelar un asunto en objetividad, murciano en este caso, no le queda otra solución que hacer lo que para mí no únicamente resulta lo más fácil, sino lo único que sé hacer: literatura. He escogido como tema indagar un poco sobre cómo somos los murcianos, o, más concreta y modestamente, como imagino puede ser en tiempos pasados y en este tiempo el buen hortelano de Murcia, la pieza clave y sufridora de la historia.

Debo entonces pedir de antemano y de nuevo vuestra benevolencia, porque lo que os voy a ofrecer no son conclusiones, no pueden serlo. Será, todo lo más, un intento de mirada hacia un camino que, extrañamente, encontramos hoy cuajado de falsos tópicos, de cohería idílica o folklórica, tal vez —o ciertamente— porque la senda se ha convertido en carretera y la arcilla en cemento, y gusta entonces ensoñar lo que no fue.

Por otra parte, y al término de estas palabras iniciales, no puedo olvidar la generosidad que Carlos Valcárcel Mavor ha tenido al acceder a contestar a este discurso de ingreso. El puso prólogo a mi primer libro, hace ya algunos años, y de él he recibido y recibo, en amistoso magisterio, una constante lección de amor a esta tierra, a Murcia.



*En la tierra de nadie, sobre el polvo
que pisan los que van y los que vienen,
he plantado mi tienda sin amparo
y contemplo si van como si vuelven.*

Son estos unos versos de Carmen Conde, y ahora, cuando se plantea uno y nos planteamos todos el tema de Murcia y de los murcianos, me llegan a la memoria y al corazón. Inquietan. *Tierra de nadie...* Repasando en el humilde conocimiento, en el anárquico y vivencial fichero de mis lecturas murcianas; en todo lo que yo conozco, más aún, en lo que intuyo —que intuición y sentimiento es la obligada metodología científica que practico—, me pregunto y no me extraña el por qué de esta imagen para nuestra tierra como *tierra de nadie...* Hay que inquirir si a lo largo de su tiempo de tiempos, desde el Algar a la romanización, desde Ibn Arabí al buen Rey Sabio, que en Murcia implantó la tolerancia que pronto sería herida (como escribió Antonio Oliver); en todos los tiempos y segundos, horas claves o festivas de los relojes de sol o de las sonoras campanas de la catedral, en horas de alegrías o conjuros, hay que preguntarse si Murcia no ha sido un poco como tierra de nadie, aun siendo tan nuestra. Y es que ha sido de todos cuantos aquí llegaron en conquista o comercio, en arribo ocasional o en forzosa huida, para cambiar de suerte si no se podía cambiar de vida.

Y en esta tierra de nadie —cuando es tan nuestra y de España—, como en barbecho fértil que aguarda el agua, echaron raíces las viejas culturas. Es algo que todos sabemos... Siempre el pasado, porque conocemos a través del recuerdo. Pero hay que huir de ese pasado que se presenta como fósil o, más aún, como lo está el tiempo ido en el corazón y en las venas de la memoria: irrecuperable. Lo que fue hoja bajo el rocío se hundió en la tierra, y años y años, cientos de años más tarde, lo advertimos piedra, carbón. Sólo una silueta, como una leve sombra en la arisca materia mineral, nos advierte que aquello fue tallo, rama, hoja quebrada... Pero las piedras, y sobre todo los hombres que aquí fueron, tienen para el hoy una capacidad de sugerencia y presencia grande, hasta el punto que pensando en nuestros antepasados, o en los antepasados de este espacio, advertimos que en nuestras propias vidas viven



sutil, misteriosamente, más vidas. Las existencias de aquellos murcianos que tuvieron su presente. Un presente que lo podemos advertir casi en vivencia, como un eco claro puede llegar a nuestros oídos y lo escuchamos en palabra y grito cuando ya los labios y la garganta que lo produjo han enmudecido.

Llaman a esto, los que saben, subconsciente colectivo, pero la sicología es una ciencia y necesita sus esclarecimientos; es por eso por lo que ha habido que comenzar por la poesía. Porque somos mucho más de lo que sabemos y sentimos, mucho más de lo que entendemos.

Pero la pregunta formulada aguarda: ¿por qué Murcia tierra de nadie? Esta es la extraña y paradójica cuestión. Tierra de nadie porque ha podido ser de todos y a todos pertenecerle. Es esta una tierra abierta, yo no sé si por geografía o destino, pero la realidad es que aquí subyace, como una ameba que se multiplica y se multiplica y nunca parece dejar de ser ella misma, una condición receptora de sus gentes —desde siempre— bajo esta luminosidad fértil del mediodía mediterráneo. Porque aquí, como todos sabemos de los viejos recitados escolares, también fue Grecia y se descubrió que el sentimiento puede ser pensado, analizado, pero que el misterio continúa permanente. Por eso la necesidad de la poesía y el arte, tan hondamente arraigada aquí, en este suelo, donde el hombre juega con la arcilla y moldea volúmenes de luz.

Pero será de obligada cortesía, ante la bondadosa atención de ustedes, continuar buceando en esa imagen de tierra de nadie. Hay una realidad, no la que nosotros hacemos, sentimos y sabemos, sino la que realizan y piensan los de fuera y que se ha repetido a lo largo de la historia con una saciedad casi tautológica, tal vez porque los que nos ven no quieren mirarnos. Con frecuencia molesta, y tristemente, encontramos que en el conjunto de España nuestra región queda como una tierra que no es Valencia, ni la Castilla esencial, ni es Andalucía... Tierras las de Castilla, Andalucía o Valencia bien definidas y perfiladas, habladas y pregonadas. Y así, la norma general de los otros para nuestro suelo y nosotros es de una epidérmica indiferencia, encontrando todo lo más —en norma casi sin excepción— frases como que, «colocada la Región de Murcia entre las de Andalucía y Valencia, el carácter de los murcianos es una mezcla necesaria del de ambas partes, con algunas pinceladas propias...».

Tierra de nadie, tierra de tránsito, pero aquí también hay un yo permanente —nosotros—, un yo como el que señalaba el anterior verso y *contemplo si van como si vuelven*. Un yo individual y diferenciado del resto de las tierras y los hombres, que instaló desde el principio, aun sin amparo, su existencia. El hortelano que convirtió el pantano en



huerta, o el labrador que sueña a hortelano bajo el sol y la sed del campo calcinado de luz, ya cercano, próximo del mar.

Y no debemos creer que sea tópico pensar en la representación del hombre murciano histórico como la del labrador de la huerta. Recojo una cita del doctor Valenciano: «no creo que pueda haber duda que es sobre el paisaje de la huerta sobre el que se ha formado el alma de Murcia, y es el que le da peculiaridad al grupo regional...».

Llegado a este punto, y señalada una ruta, no nos debe asaltar la duda ni la idea de que es moda la diferenciación actual de España en sus regiones. Todos sabemos que no, y todos también podemos recordar las palabras de Madariaga cuando llegó a definir a España como una nación de naciones. Hay entonces, sencillamente, que buscar y saber cuáles son nuestras peculiaridades, nuestro entorno y nuestro espacio; analizándolo a la vez que amándolo —no, en frase conocida, porque sea el mejor, sino porque es el nuestro— rastreando en nuestra circunstancia y origen, nos descubrimos orteguianamente a nosotros mismos y nos capacitamos para entender a los demás. Y en esto en Murcia jamás ha habido duda.

Por otra parte, además, el murciano se entiende perfectamente a sí mismo, aserto sobre el que será necesario volver luego.

Pero, recogiendo lo anterior, es entonces una constante, una clave nuestra, del murciano, la figura del hortelano como esencia y símbolo. El huertano que aró con la herramienta del latino, la madera abierta y pulida por el sudor calloso de las manos; el huertano que comerció con sus productos y pesó con la romana su grano y sus hortalizas, hasta un tiempo tan reciente que los ojos de todos ustedes y los míos —nuestros antiguos e inocentes ojos de niños por el mercado del Parque de Ruiz Hidalgo— no olvidan haber visto pesar con romana, y aún podemos verlo en no muy recónditos lugares de nuestra geografía.

Waldo Frank, en un libro cuya titulación es toda una incitación urgente, *Redescubrimiento del hombre*, señalaba al español, como persona, arquetipo que logró un equilibrio íntimo y profundo, dotado de una coherencia individual privada y macrocósmica al mismo tiempo. Y agrega: «no obstante, estando íntimamente bien gobernado, no consigue gobernarse socialmente a sí mismo, y en su necesidad de orden social se convierte en víctima de un dictado ajeno.» Realidad esta última que todos hemos vivido, pero realidad también que todos, más que soñar, queremos y debemos labrar para que sea quebrada, rota, y la coherencia interna, el justo entendimiento y equilibrio de cada uno consigo mis-



mo propicie que nos entendamos con los demás sencillamente en libertad. Esa esencial necesidad del hombre que en España ha permanecido encarcelada.

Y si la individualidad es etiqueta con que los extranjeros nos ven a los españoles, en España, el murciano —los murcianos—, en nuestro individualismo, llegamos a presentar matices que pueden parecer más propios de la patología que de la sicología. Y esto, en contraste —hay que repetirlo— de un entendimiento con nosotros mismos perfectamente coherente, como coherente se nos muestra un minifundio, un bancal, una tahulla hortelana.

Y a la cabalgadura de las miradas y las críticas externas, nos encontramos con una dolorosa paradoja, que por ser la más negativa de cuanto aquí voy a tratar será preciso atacarla ya para, ahogada o destruida, poder insistir en lo positivo. Dolorosa y doble paradoja además la que sufrimos, porque si España ha gozado de la *Leyenda negra*, este trozo nuestro, que es España, ha gozado de sambenitos injustos, ofensivos, crueles, hasta el punto que José Vicente Mateo escribía: «Tenemos una de las más siniestras y menos caritativas reputaciones». Y es que hay mucha maledicencia con nuestra tierra. Y, sin ser ofensivo para nadie, porque sería ofenderme a mí mismo, mucha culpa la tenemos nosotros, no por lo que se nos imputa y que los historiadores y quien aquí viene comprueba que es falso, sino culpa y grande por nuestro silencio e indiferencia, similar a aquel que para oponer lanza a la *Leyenda negra* Quevedo señalaba en *España defendida de las calumnias de los noveleros y sediciosos*: «Cansado de ver el sufrimiento de España, con que ha dejado pasar sin castigo tantas calumnias de extranjeros, quizás despreciándolos generosamente, lo que perdonamos modestos juzgan que lo concedemos convencidos y mudos.»

A la mudez indiferente, a la apatía irónica, a nuestro individualismo en suma, debemos el haber soportado y aún soportar ahora que se nos ataque o se nos ignore como colectividad, cuando saltaríamos como fieras si nos ofendieran como personas. Cierto que bastante se remedia ahora el viejo mal, pero la fama está crecida. Fama además que escalofría o parece absurda, de caja china, cuando se sabe que para encontrar su causa hay que rastrear hacia un privilegio otorgado por Enrique IV a las villas y castillos de Lorca y Xiquena y descubrir que iban asesinos y malhechores a luchar a la frontera contra el moro. Situación, por otra parte lógica, que en tierra fronteriza y en constante peligro se recibiera con satisfacción a brazos que venían obligados a luchar y defender. Con



esquemas tan absurdos, antiguos y mezquinos, a los Estados Unidos ¿qué leyenda deberíamos entonces atribuirle?

Y saltando pullas, algunas tontas, de una vez para siempre hay que decir y abordar la inexistencia de la *ordenanza de Carlos III*, sambenito tan desgraciada y falsamente extendido que lo encontramos hasta en un libro como el de *Los otros catalanes*, de Francisco Candel, donde precisamente lo que se pretende es una reivindicación del emigrante y de sus orígenes. Curioso sarcasmo el que en el siglo más esplendoroso de Murcia —el de Floridablanca, Salzillo, Belluga— surjan esas palabras que nos incomodan y nos humillan sin causa.

Sin embargo, no es falso, sino desgraciadamente realidad constante, que la geografía o el mal gobierno han propiciado siempre el hecho de la emigración. Brazos murcianos para las tierras de Cataluña cuando las minas se agotaron, cuando la sequía era continua, cuando las epidemias o las riadas; cuando el cataclismo era —como tan exacta y plásticamente ha investigado María Teresa Pérez Picazo— lo cotidiano en una historia aún muy reciente. Murcianos abandonando el caserío, el horizonte de sierras y huertas para ir —en palabras que debemos pronunciar con tristeza— construyendo por abajo lo que otros disfrutaban por arriba. Los emigrantes, sí. La Murcia ausente.

Toda una epopeya constante esa de *los otros catalanes*, que en aquellas tierras no serán sino *los murcianos*, lo sean o no, como esa masovera del Ampurdán a quien un día se escuchaba decir: «Han venido unos murcianos, de Toledo, ¿sabe usted?» No es entonces leyenda, sino realidad, que han ido emigrando en miseria y hambre, en incierta esperanza, cientos y cientos de hombres y mujeres y niños de esta tierra, campesinos que no lograban alcanzar el sueño constante del murciano: ser agricultor, hortelano, como aquellas imágenes que Miguel Hernández evocaba:

*¡Y qué buena es la tierra de mi huerto,
hace un olor a madre que enamora,
mientras la azada mía el aire dora
y el regazo le deja pechiabierto!*

Pero ese murciano emigrante, que ya no puede ser árbol, ni barro, ni tierra, y que llega no precisamente a una tierra de nadie, sino a zonas perfectamente identificadas, con grande o parroquial, pero, en cualquier sentido, honda identidad; ese murciano entonces obra, para mí, muy sabiamente, mucho más que el gallego emigrante, que universaliza la



morriña. La coherencia interna, la flexibilidad mediterránea del murciano lo hará mostrarse adaptable. Conscientemente, porque es el más eficaz método, se integrará en la tierra donde la integración colectiva cuenta, y cuenta más o tanto el grupo como la persona. Es demasiado culto en vivencias existenciales el murciano emigrante para no entender aquello de *donde fueres haz lo que vieres*.

Y si pensamos que es una falta de personalidad la que al emigrante murciano le hace desdibujarse e intentar convertirse en uno más, nos engañamos. El murciano, hombre que como se dijo antes se entiende perfectamente a sí mismo, entiende y razona, no con instinto primitivo de supervivencia, sino con latido muy civilizado a la vez que obligada astucia, que conviene aceptar su aparente disolución de peculiaridades y personalidad en pro, sencillamente, de una esperanza de normalidad para sus hijos. Porque él será siempre *charnego*, y el charnego, en su origen etimológico, no es sino un perro útil, doméstico, valiente.

Y habrá ahora que recordar una conferencia de Juan Ramón Masoliver hablando de este tema, donde, certezas y nombres en la mano, señalaba cuántas y cuántas peculiaridades de la España próspera, de Cataluña muy concretamente, no se deben sino a esos hijos de emigrantes, de *charnegos*; a esos murcianos ante los que los del país no deben desde luego molestarse en *tocar ferro*, porque precisamente los murcianos han ido a *tocar ferro*: el hierro de las herramientas en los más duros trabajos del taller, de la fábrica, de los fogones de servicio en las casas que novelaba Ignacio Agustí.

Pero el murciano, que tan generosamente trabaja para que sus hijos tengan y asuman la nueva identidad que los hará ciudadanos no de segunda o tercera, sino simplemente ciudadanos, ¿acaso es más insensible y descastado que el gallego o el vasco y no siente morriña, nostalgia de su tierra luminosa, de sus gentes? No será preciso recordar los versos de Vicente Medina en las tierras de Argentina... Ocurre que este hombre nuestro, obligado a emigrar para subsistir, tiene un alto concepto del pudor, tremendo e individualista concepto, y mascullará y contendrá en su cerebro sin mostrarla su propia nostalgia, su tierra chica perdida. Su amor y entrega, su agradecimiento y pasión por la nueva tierra será sincero. La constante del emigrante murciano es que recibe pan, cierto, pero no hospitalidad; ésta, a pulso, con tiempo, hay que ganarla.

¡Qué diametral diferencia de como aquí recibimos al que llega! Al que llega en visita o a quedarse porque aquí piensa encontrar su apañío, y, en general, lo encuentra casi siempre y bueno.



«La vida estaba asistida por una eterna inseguridad —escribe Flores Arroyuelo—, unas veces procurada por las prolongadas sequías, enfermedades, la pobreza secular, la falta de racionalidad en las explotaciones de los distintos cultivos...» Todo un conjunto en suma perfectamente propiciatorio para la emigración.

Se habla de un pasado tan inmediato que fue hasta ayer mismo, si es que acaso no lo es en cierta medida incluso hoy. Como es corriente leer en un libro publicado en la pasada década lo siguiente (un libro aparentemente concienzudo por otra parte e incluso galardonado): «El murciano es emigrante en gran proporción a Cataluña, donde no suele gozar de muy buena fama ni simpatía. En sí, visto en su tierra, es también —como el valenciano— un levantino alegre, fanfarrón, de fuertes pasiones, muy violento y rencoroso; es hombre pronto como pocos a la querrela sangrienta, y los presidios de España saben algo de esto. Su irritable temperamento va unido a un amor propio ya de por sí agresivo. Veleidoso, un tanto fantasioso, más sobrio y sufrido en las penalidades, lleva la *vita mínima* que le permite sobrevivir sin excesivo esfuerzo sobre un suelo fértil, como solía hacer el andaluz. Murcia —termina el piadoso párrafo— da fuertes contingentes, no sólo de delitos de sangre, sino de prostitución y de peonaje industrial, cana'izado este último hacia la industria barcelonesa».

He aquí un botón de muestra, y si nos asombra por su injusticia y falsedad, es doloroso también entender que nuestra individualidad, abulia e indiferencia pueden propiciar estos desmanes o desconocimiento tan feroces de opinión ajena.

La parcelación centenaria de la tierra, el cultivo del bancal, tan primorosa, tan mimosamente atendido, parece que nos ha hecho a los murcianos olvidarnos de que somos un pueblo, preocupados sólo por nuestro tablacho y nuestra casa. Cuando, por el contrario, se está siempre dispuesto y se hace muestra de una generosidad excesiva, tremenda, aun cuando jamás la generosidad pueda ser excesiva.

Misteriosa complejidad la de nuestra forma de ser entre el *allá cada cual* entre nosotros mismos y la hospitalidad real y sincera con que recibimos, acogemos al forastero. ¿Apatía, indiferencia, indolencia? No voy a caer en el tópico de remontarme a la herencia árabe... Al murciano cuando le tientan lo suyo, lo defiende como nadie; cuando se cometen desmanes con lo de todos, parece quedarse aparte, aun cuando también parte le corresponda. Los murcianos, por ejemplo, hemos permanecido indiferentes en la acción a la destrucción de calles, monumen-



tos, archivos. Hemos presenciado casi impasibles la destrucción de una ciudad, Murcia, llevada a cabo por esa auténtica pasión que llega a ser la estupidez. Aquí se destrozaron esquinas, se pulverizaron blasones, se machacaron jardines. No hay duda que Marinetti sería feliz en esta Murcia nuestra convertida en un luminoso garaje.

Pero si hasta ahora, poéticamente, he hablado de Murcia como *tierra de nadie*, es también obligado hablar de ella como la tierra siempre nuestra, y del hombre apegado a ella. Ese hombre de vegetal fuerza, de corazón resignado y contenida ternura que posee el privilegio de tener una historia milenaria y tan rica que será bueno recordar aquella frase de los Siret sobre el gran museo al aire libre que es toda nuestra región. Y esto se percibe de inmediato; está la sabiduría capaz de aprovechar o propiciar momentos felices en la vida, incluso en la jornada, con una intensidad y una maestría ejemplar y compensadora de un destino que no ha sido fácil a lo largo del tiempo, sino difícil, hosco y siempre inseguro. Porque hay que decir una vez más que somos tierra con costa de Mare Nostrum, pertenecemos a la España de la periferia, la heredera de las antiquísimas culturas y la que, por generosidad o a la fuerza, ha tenido que dar para construir imperios en vez de mejorar su propia casa. Y nuestra región ha contribuido a todo esto tan generosamente que hasta hoy mismo nos preguntamos y se cuestiona nuestra identidad.

Pero que nuestra identidad sea algo cuestionable en principio, no parece negativo; puede resultar por el contrario altamente positivo, porque entonces el murciano se nos muestra como hombre distinto a esa torpeza arquetípica del español como ser *encastillado*. El murciano se nos aparece como ser abierto y leal, respetuoso al máximo con el territorio del otro. Y también se puede recordar, en este punto, aquella bella insinuación de don José Ballester como tierra ésta propicia para el místico por la belleza del oasis, por la desnudez del secano.

Necesariamente, en una estructuración de vida y terreno partido y mínimamente suficiente, la convivencia respetuosa y el establecimiento de la distancia más síquica que espacial se impone. Una vieja convivencia que se rastrea ya en la Murcia medieval, tan rigurosa como emotivamente desvelada por el profesor Torres Fontes... Aquella Murcia en la que no era necesario cerrar las puertas de la judería, de la Arrixaca. Convivencia y respeto por la persona, por el individuo —pese a todas las banderías en tiempos de frontera—, que llega hasta nuestra historia reciente, donde Murcia resulta ser durante la guerra civil del 36 la provincia donde menos muertes acontecen por ideologías.



Pero este noble sentido de la convivencia, que conocemos y practicamos, apenas nos es reconocido más allá de nuestras fronteras regionales. Pienso, entonces, que idóneo sería propagarlo para dar una cabal y real imagen de Murcia, y no esa insistencia en un folklorismo —que no folklore— muy mal entendido, y propagado tópicamente por la televisión con el fondo musical de *La parranda*. Idealización cursi que más que retratarnos nos deforma. Folklorismo que, en su origen, fue propiciado por una oligarquía de cabeza escondida a la realidad de sus hortelanos, similar a aquella con que los señoritos andaluces se tranquilizaban viendo lo graciosos y felices que eran los chispeantes andaluces de los Quintero, en el teatro, que no en la vida. Irrealidad en la que incluso cae una voz como la de Vicente Medina, tan exacta y denunciadora para otras situaciones, cuando se refiere a las insalubres barracas de fiosa humedad como *tacitas de plata*.

Y debo recurrir de nuevo a la poesía, a un poeta actual, como lo es Francisco Sánchez Bautista, para expresar el yo permanente y real de lo que ha sido el huertano de Murcia:

*Cavamos con afán la maldecida
parcela que nos deparó la suerte.
Rabia y valor le echamos a la vida
y un poco de humor trágico a la muerte.
Para aguantar tan dolorosa herida,
¡cómo hay que ser de fuerte!*

Encontramos en esos versos algo muy diferente a una idealización; encontramos, por el contrario, la sugerencia y expresión de la auténtica fortaleza del hombre murciano de la huerta. Ese hortelano que —en cita que recojo de un viejo libro— tenía aproximadamente la siguiente dieta: «Veinte días al año, si llegan, son de carne con cualquier otra cosa; pescado otros veinte; migas los más; casi todos bacalao, pimienticos, tomatillos, melón y uvas, y los abundantes higos de toda especie; parece increíble —concluye el autor— que coman tan poco y cosas de tan escaso alimento...». El alto consumo de vino —que según las crónicas no era precisamente bueno— se explica entonces porque las calorías, salvo que se demuestre lo contrario, parecen ser necesarias para el trabajo.

Cuando ahora nos gozamos en las excelencias de la gastronomía murciana, yo no dudo, ni por un momento, que tal riqueza de platos existió en el pasado, pero junto a esta certeza nace la sospecha de suponer que no serían —al no ser por Nochebuna— los que sustentaban al murciano



de a pie en el caballón. Y es que, repetidamente, participamos siempre de esa ensoñación que nos advertía Ortega de que el español es más dado a la nostalgia utópica del pasado que a la preparación provechosa del futuro. Es la mediterránea fruta de la ensoñación cuyo aroma nos consuela...

Y si hablamos de ensoñación, ningún clima más propicio en su bondad para la sensual ensoñación que este suelo nuestro. Así, no es extraño que el máximo estilista de la literatura española, el oriolano Miró, sea un hombre de nuestra propia latitud geográfica. Sensualidad que se perfila incluso en las creencias, que tal vez permanecen en mayor intensidad de lo que podamos pensar: nuestro sentido religioso. Así, Manuel Matos, en su estudio sobre la religiosidad murciana, escribe: «Cristaliza una religiosidad de pasiones ardientes en la que el amor sensual a la carne y al cuerpo, a la tierra, a sus frutos y a sus aromas se vincula como un amor-temor, misterioso y trascendente. Amor-temblor, disfrute terreno del sueño del cielo, emotividad intensa.»

Es el clima, nuestro paisaje. Y lo he mencionado hasta ahora tan poco porque creo que ha debido quedar insinuado a lo largo de todo cuanto llevo señalado. Es nuestra gran fortuna, nuestra gran ventura. Este clima y este cielo que nos proporciona un medio ambiente muy humano para el vivir, para una existencia con placidez. Tierra la nuestra donde el ritmo no debe ser forzado, sino humanizado. Sin caer en el adormecimiento, en la apatía, en la indolencia, es bueno vivir bajo este sol, y, más que bajo este sol, sintiendo en nuestra piel y en nuestras pupilas la luminosidad que caracteriza esta zona y que configura el entorno de manera personalísima. Luminosidad que será constante cuando se trata de repasar la aportación que Murcia ha hecho en literatura y bellas artes a la cultura universal.

Desde sus tierras de angustia y frío, Kierkegaard exclamaba: «Hay algo que no se puede convertir en sistema: la existencia.» La existencia en este clima cálidamente templado encuentra un alojamiento ideal. Por eso jamás para el murciano, para el mediterráneo, será la existencia una bruma angustiada, sino la incitación a una pasión luminosa. Será entonces nuestro el barroco, tan polémico de determinar en su concepto, como recuerda José Luis Abellán en su *Historia crítica del pensamiento español*, pero tan certeramente claro de entenderlo cuando, en esas mismas páginas, encontramos la definición que dio Eugenio d'Ors: «Donde el espíritu imita los procedimientos de la naturaleza.»

Nuestros antepasados la naturaleza la han cambiado, la han creado en vegetal y fértil dimensión distinta, transformando el secarral en huer-



to, el pantano en acequia. La simbiosis hombre-paisaje, creado y recreado por él mismo, se encuentra en perfecto estado de continuidad y presencia. Así, Julián Andúgar escribió:

*Por el pujar valiente y doloroso
de tu raíz, lo inerte se libera;
gana la piedra la luciente esfera;
la vida empieza en verde jubiloso.*

Verde jubiloso que puede ensuciarse, enfangarse cuando el río crece, cuando la riada, la inundación, invade el mundo. Y el hombre huertano sabe que la inundación llega y que hay que sufrirla. Toda generación de murcianos ha conocido como mínimo una, dos o tres riadas más o menos intensas. La falta de rebeldía ante la furia momentánea del río manso y sangrado en mil acequias puede hacer meditar en el fatalismo árabe que, como un eco más o menos cierto, permanece en la memoria de las gentes, o puede incluso llevarnos a meditar —como han hecho algunos escritores— en estadios muy hondos del subconsciente: los más remotos antepasados prehistóricos, habitantes de estas tierras cuando las fuerzas naturales las movían los caprichos de los dioses primeros y el hombre estaba impotente.

Y la duda surge ante esta escena, porque hay que preguntarse si, colectivamente, los murcianos podrían calmar para siempre al río, si debieran de una vez por todas exigir la solución a los poderes públicos, dado que la técnica señala que tal cosa es ya posible en nuestro tiempo. La cíclica resignación ante la cíclica catástrofe de la riada es dato que no debemos olvidar cuando se trata de hablar sobre nosotros. Y una vez más también podemos entender la enorme dificultad y lastre que los murcianos encontramos para emprender juntos, colectivamente, cualquier empresa.

Pero no somos precisamente un pueblo aislado, sino todo lo contrario; de ahí nuestra complejidad. De ahí también, puede, nuestro individualismo. La caracterización del murciano se aleja de lo que los sociólogos determinan como un etnos, un grupo humano que presenta unas características raciales, culturales y nacionales más o menos homogéneas, por ser producto de una larga evolución común en condiciones favorables de suficiente aislamiento respecto a los pueblos vecinos.

Esta condición de aislamiento observamos que jamás se ha dado en nuestra región; aquí, por el contrario, se ha producido un continuo mestizaje que a mi entender ha sido muy provechoso, porque hay que pen-



sar que no son los pueblos puros, cuadriculados, los que crean y levantan una cultura de interés y con postulados universales, sino los pueblos que continuamente están recibiendo savia nueva, pueblos abiertos bien por la geografía o por la condición de sus hombres.

Y este pueblo nuestro, en donde es orgullo y carga, como se ha intentado exponer, el individualismo, muestra sin embargo a lo largo y hondo de la historia la permanencia de su lealtad a España desde los primeros tiempos en que España era Castilla. Incluso el episodio cantonal será, más que un separatismo, el grito de una regeneración global que era preciso, como preciso es a las viejas casonas, a las oscuras salas y a los chirriantes armarios ráfagas de luz y aire fresco; renovación también de sus servidores por otros que puedan subir, con pies más ligeros, las anchas escaleras; con cabezas menos abotargadas por pasados esplendores.

Jamás Murcia, los murcianos, han sido problema para la unidad de España; muy al contrario, esta región siempre ha contribuido dando más de lo que ha recibido. Si en esta hora de España Murcia logra —a través de todos los murcianos— que se la trate simplemente como una región más, no olvidada precisamente por lo poco problemática o conflictiva que es, será de justicia lo que se consiga. Y será también muy conveniente que otras regiones sepan un poco, miren hacia aquí y aprendan la civilizada lección que de lealtad, generosidad y hospitalidad venimos dando desde tiempo, desde antiguo tiempo. Convivencia en suma.

Pero me he referido a la hospitalidad y es conveniente intentar ahondar, puesto que es imposible de olvidar entre nuestras características la generosa hospitalidad murciana. Si en lo político se ha sido leal a Castilla, en lo individual se es profundamente leal a las leyes de la hospitalidad. Recibimos al que llega de afuera con alegría alta, tan grande y demostrada, tan continua desde atrás que en estos nuevos tiempos autonómicos no debemos permitir que disminuya ni un ápice. Sería renegar de nuestros mayores. Sin embargo, sin que nada se varíe en este aspecto, es hora ya también de romper parte de esa tradición o leyenda de la madre Murcia —madre bastante desnaturalizada por cierto— que dicen amamanta al hijo ajeno y aparta o hace esperar al propio.

La torpeza mayor que tenemos, que cometemos los murcianos ahora y antes, es esa del murciano recelando del murciano; el huertano en su banal del huertano del banal, del vecino, por si levanta el tablacho y roba agua. El recelo, la ironía corrosiva abocada a todo y contra todo puede llegar a significar y ser más impotencia que expresión de la inteligente chispa con que está dotado el hombre mediterráneo. Son muchos,



innumerables, los talentos que Murcia ha quemado en la pira de los despiadados juegos verbales. El cansancio ha invadido a muchos espíritus nuestros y los ha sumido en un amargo escepticismo, en una indolencia tan fatalista e irrecuperable que nos hace pensar en el personaje azoriniano de *La voluntad*. Y lo extraño es que todo esto puede acontecer, acontece, estando el hombre murciano dotado en lo más hondo de un río de ternura y comprensión.

Hace muchos años, siglos, que Murcia dejó de ser tierra fronteriza. El que Murcia hasta hoy mismo siga siendo tierra abonada para que el que llegue, por el solo hecho de ser de fuera, tenga ya medio camino andado y mayor ventaja que el nativo, no es manifestación ni de generosidad ni de hospitalidad; es síntoma de torpeza o de insoledad del vecino con el vecino. Por la vieja huerta, cuando las matronas ofrecían sus senos para amamantar a los hijos de la ciudad a veces, amamantaban a su hijo propio y al de leche al mismo tiempo. Esto sí es ejemplo de justa hospitalidad, sí es plástica y tierna imagen de la matrona Murcia cuya ternura y amor es extraordinario.

Hace ya bastante años, Pedro Díaz Cassou escribía sobre nuestro cielo, sobre nuestro hábitat: «La ondulación suave de los vientos marinos, que tienen entrada en los valles de Murcia y lo barren en toda su longitud; la evaporación de las muchas tahullas de terreno frecuentemente regado, las exhalaciones de una vegetación tupidísima continuamente activada, producen una bruma tenue, flotante, sobre las capas más próximas al suelo, y perceptible sólo desde las alturas y en las primeras horas del día; después, los rayos del sol la dilatan, remontan y difunden por el azul espacio, donde llega a formar ligeros cúmulos que se desvanecen por el efecto mismo del calor solar...»

Hay que pensar que continuamos teniendo ese mismo cielo, el serenisimo y luminoso cielo de Murcia. La contaminación no debe destruirlo, ensuciarlo. Bajo este cielo el hortelano ha amado la tierra, la ha trabajado y sentido y la ha hecho fructificar. Ha sabido relacionar y percibir la armonía existente entre una flor, la risa de su hijo y el calor del verano cuando cantan las chicharras en la siesta. Cuando miraba un árbol podía sentir el impulso de la tierra hacia arriba y las raíces ocultas en lo oscuro y hondo, en lo fangoso e inquietante, como lo será el cuerpo en la habitación misteriosa de la muerte. El hortelano ha entendido cuanto le rodea —porque él mismo lo ha transformado, creado—, y desde luego y sobre todo se ha entendido a sí mismo. Su sangre ha latido en la misma felicidad y amor que la sangre de cualquier otro hombre pobre o poderoso de la más distante región cuando ha amado a su



hembra. Así ha sido durante siglos. El ocaso de la vida tradicional, que es la historia de nuestras propias vidas, ha cambiado todo ese viejo y trabajoso, arduo y sacrificado mundo. Hemos entrado en una dimensión distinta; es la propia e inmediata historia que hemos vivido y experimentado aquí en Murcia y, sincrónicamente, en todo el mundo.

En Murcia, como en otros muchos sitios, hemos vivido una alegre vida de consumo-confort, ejercitando al mismo tiempo un saldo de lo viejo, de lo antiguo. Por fortuna, siempre hay piadosas manos de curas y barberos que se preocupan de que lo que debe ser permanente no caiga en la pira, en la fogata de las tablas rasas históricas. Decayeron nuestros festejos, parecieron enmudecer las bandurrias y los cantares, nuestra historia no merecía la pena. Camus ya había proclamado en el París de Sartre que el periodista es el historiador de nuestro tiempo. La machulhiana aldea universal nos deslumbró durante unos años, durante un tiempo. No voy a hablar de otros sitios, porque no es el caso ni el momento, y porque además lo que aquí ha acontecido sucedía también en otras muchas partes, multiplicado y multiplicado. La huerta invadió la ciudad y la ciudad invadió la huerta; el campo se hizo próximo al mar, y el aislamiento y los trabajos seculares e improductivos se transformaron, humanizándose con las máquinas. Porque éste debe ser el fin de las máquinas: humanizar al hombre, ahorrarle y evitarle esfuerzos de bestias. Propiciarle un tiempo para que —empleando una palabra que ya es peligroso pronunciar por su manipulación y erosión— pueda realizarse, humanamente, en su espacio.

Y aquí llegamos ya al final, al encontrarnos con el vocablo espacio. Tras el deslumbramiento, tras la mirada difundida por las ondas hertzianas, tras ese vertiginoso aceleramiento de la vida, en la que continuamos y sin duda continuaremos por tiempo, ha surgido una nueva esperanza, una viejísima idea, por otra parte tan antigua como el mundo, como los iniciales hombres. Se es primero del espacio en que se nace, al que se pertenece. En frase de Goethe para ser universal tienes que trazar un círculo a tu alrededor y ahondar en él.

Y nuestro círculo, nuestro espacio, nuestra tierra es huerta, pero también es, en las estremecidas palabras de nuestro máximo novelista, José Luis Castillo Puche: «La tierra de perfiles duros, de las grietas profundas, de los yermos resecos, del sol cortante y los vientos enloquecedores; pero es tu tierra y allí está tu sitio, allí probablemente (aquí, tenemos que decir nosotros) te puedes encontrar a ti mismo.»

Tierra que se desliza hacia el mar, como la vida camina hacia el misterio y el infinito; pero mientras, ahora, en este instante, existimos,



somos ¡qué tremenda y asombrosa, qué apasionante realidad!, y podemos soñar y hacer, conseguir un futuro más claro, libre y luminoso.

Al principio, me atrevía a sugerir que «advertimos cómo en nuestras propias vidas viven sutil, misteriosamente, más vidas. Las existencias de aquellos murcianos que tuvieron su presente.» Ahora lo afirmo.

